

Colección  
**Ovejas eléctricas**

*ediciones*  
**peras del olmo**

# Cono del silencio

Rubén Valle





**Título:** CONO DEL SILENCIO

**Autor:** RUBÉN VALLE

**Año de edición:** 2023

**Foto de contratapa:** Walter Moreno

**Colección de narrativa breve Ovejas eléctricas**

**Ediciones Peras del Olmo |** [www.perasdelolmo.com.ar](http://www.perasdelolmo.com.ar)

# Cono del silencio

R U B É N V A L L E



*ediciones*  
**peras del olmo**

Colección de narrativa breve  
**Ovejas eléctricas**

*“Nada le da más fuerza a una palabra que tener que callarla”.*

**Martín Caparrós, Un día en la vida de Dios**

*“El artista está solo, abandonado al silencio y el ridículo...*

*Sigue una voz interna que nadie oye...”*

**Macedonio Fernández, Museo de la novela de la eterna**

*“Hablaban despacito, con sordina, como si las voces hubieran estado  
envueltas en un trapo”.*

**Laura Devetach, La plaza del piolín**

## El lado correcto

Les carottes sont cuites. Las zanahorias están cocidas. Había escuchado de casualidad ese dicho en una película francesa de la que por algo no recuerdo su nombre y esta, la frase digo, venía a poner en palabras –o eso quise creer– la señal inequívoca de que lo hecho hecho estaba y ya no había vuelta atrás. Fue cuestión de plantearlo para que sobreviniera un súbito terror, no a la página en blanco –ese clisé– sino a no encontrar a nadie del otro lado. A escribir un S.O.S. y que el avión de rescate equivocara el camino. Que la lluvia apagara el fuego y las señales de humo me taparan aún más. Mientras pongo mi cabeza en orden y un plato en la mesa, miro las zanahorias y pienso que bien podría haber invitado al conejo de Carroll para que me diera un par de sabios consejos. Me explicara, por caso, cómo encontrar el agujero preciso para escaparme al lado correcto. A ese donde yo soy mi propio lector y cierro el libro antes de que él me abandone a mí.

## Cono del silencio

Somos ocho, a veces nueve o diez, según el día y en qué estado nos encontramos para esa puesta en común siempre propicia para el fuego amigo. Como en toda reunión de adictos nos sentamos en círculo. Jonás, al que todos llamamos Zumbido, es nuestro coordinador y lo más parecido a la enfermera que pide silencio desde la foto. Nos une lo mismo: una inmanejable adicción al ruido, a toda expresión sonora que disimule cuán solos estamos o nos sentimos. Desde el minuto uno las cosas no son nada fáciles aquí; alguien arrastra con torpeza una silla metálica (lo que equivale a un solo promedio de cualquier banda de thrash metal), otro olvida poner en modo avión su teléfono y este suena tres veces al hilo provocando la excitación de todos, una ventana se golpea por el viento y estalla el vidrio, la obra en construcción de al lado dispara ráfagas de los más variados ruidos... Algo no muy distinto ocurre en cada encuentro, ya estamos resignados, nunca podremos batallar contra los sonidos. Aun así, a puro fracaso lo intentamos. Todos llegamos con auriculares y arriba de estos, gorros, cascos o una amplia variedad de sombreros. La mecánica grupal es simple: no hablamos, sólo nos semblanteamos (la data de cada uno se compartió previamente y ya sabemos quién es quién), intercambiamos gestos básicos (símil lenguaje de señas) y eso sí, nos miramos mucho. En ese feedback visual establecemos una comunicación que no extraña las palabras. Aquí nadie interrumpe al otro con su artero monólogo ni pretende conmover con golpes bajos. Tan efectiva y sanadora resultó esta dinámica que lo próximo será una suerte de retiro en el bosque energético de Miramar. Nos espera allá un cono del silencio especialmente creado para la ocasión por un team de científicos y poetas. Una oportunidad única para escuchar lo único que importa: nosotros mismos.

## Call center

Aquel cabaret mexicano era como cualquier película mexicana, un aullido de colores, un exceso de curvas, luces, sonidos. Canciones pegadizas le salían al paso, románticas por demás como esas chicas gruesas, de bigotes a lo Frida y labios inflamables, que relojeaban detrás de una cortina sucia a la espera de una presa fácil (un turista con hambre y no de burritos) nunca a la expectativa de protagonizar un culebrón de Televisa o encontrar al padre de sus hijos. El viajero se quedó en la puerta, fumando para no hablar, viendo lo suficiente como para saber que el sexo no estaba ahí, que la noche prometía algo mejor que esas barrocas Julietas de ocasión. Prometía, bendita Virgen de Guadalupe, esa chica del call center que amaba las novelas de Boris Vian y odiaba con fervor los boleros, toda esa pasión impostada. Ella valía mucho más que un polvo y dos Jack Daniel's. Sin que él se diera cuenta, le había escrito un nombre y un teléfono en el pasaporte. Al otro día, varado en el aeropuerto, la llamó una y otra vez sin resultado. Demasiado trabajo, pensó resignado.

## Dudosa fábula surcoreana

Li Ho Chin es un apicultor de 35 años. No sabe leer ni escribir pero por algún extraño designio puede escuchar y entender lo que dicen las abejas. Una mañana de abril de 1972, en la mismísima cara de Li Ho Chin una de ellas le cuenta a otra que la muerte del apicultor es inminente. Sin mostrarse perturbado, Li Ho Chin vuelve a paso lento a su casa, busca el viejo revolver de su padre, se sienta en la cama y decidido se dispara en el corazón. Li Ho Chin muere desconociendo, entre muchas otras cosas, que las abejas, además de sabias, destacan por su peligroso humor negro.

## Plan canje

Un gato negro por uno blanco. El trueque, la simple transacción, a priori no representaba ninguna ventaja para Isabel. En cambio para Miguel, su vecino de enfrente, era lo más cercano a la salvación, un simbólico respiro en su vida laboral (era creativo publicitario en una empresa con base en Madrid). A Isabel le daba lo mismo, después de todo alguna vez fue de su ex novio y sin esperarlo se quedó con ella como si hubiera sido parte de una meditada división de bienes. Agradecido, Miguel se llevó el gato blanco y apenas entró en su departamento sintió una desconocida sensación de paz. Lo dejó subir al mismo sillón al que el negro jamás pudo acceder y fue por un poco de leche para hacerle más amable la bienvenida. Cuando volvió al living, el gato ya no estaba. No se desesperó, pensó que estaría en pleno reconocimiento de su nuevo hogar. Lo buscó sólo con la mirada y cuando lo encontró comprendió que había sido un error, un gran error haber hecho el canje con Isabel. Asomado a la ventana de ese cuarto piso, no dejaba de ladrarle a todo lo que se moviera: autos, palomas, niños, vendedores ambulantes, sobre todo gatos negros.

## **El espejo**

Noche. Un ignoto escultor ruso viaja a las profundidades del bosque donde alguna vez quedó atrapada su sombra. Al llegar, conmovido, primero decide darle un nombre a ese invierno con raíces y a posteriori elige un árbol al azar porque en el sueño, el último, era en cualquier árbol donde habría de descubrir oculta la obra destinada a eternizarlo. La misma debería evocar su rostro y llevar por título El espejo. No contaba, mucho menos en el sueño aquel, con una tormenta nada azarosa ni con la pericia de ese rayo con hambre de pájaro carpintero. Roto el espejo en ciernes, el bosque se miró en el escultor deshecho y en sus ojos amaneció por primera vez. El cazador nunca lo supo.

## Profético

Corría loca detrás del caracol. Agitada, lengua afuera, el corazón a punto de estallar, alcanzó a rozarlo. Suficiente para saber que no se trataba de otro sueño recurrente y que morir así tenía algo de profético. Perder frente a un caracol era como entrar al mar y que el agua no la tocara. Y si el agua no la tocaba, el caracol reiría frenéticamente hasta estallar y multiplicarse en jardines ajenos. En el propio, acaso, una tortuga intentara el vuelo. ¿Para qué entonces, esas antenas que sólo captan la radio que transmite día y noche el alucinado canto de los grillos?

## Hágase la oscuridad

Magoo & Los Conejos Invisibles es esa banda de rock distópico que todas las noches toca a oscuras. Nadie puede decir este es el cantante, aquel el bajista, si se los cruzara una vez terminado el show. Su música, pueden corroborar los críticos o cualquiera de sus fans, es tan extraña como curiosa su imagen: suenan como si un puñado de bastones blancos chocaran estrepitosamente después de atravesar un semáforo en negro. Canciones en braille que hablan de túneles sin salida, bocas de lobo, ropa vacía o escritores fantasmas. Lo mejor de su performance llega cuando tocan el último tema y se abre un telón que nadie -salvo los músicos- sabía que estaba allí. En menos de lo que suena un acorde, las luces se encienden de pronto, tan poderosas que todos cierran los ojos a la vez y ya no les queda otra que mirar en su interior y encontrarlos ahí.

## **Los Tilos**

Se peleaban para ver cuál de las dos estaba más loca. Quién amaba más. Quién podía tocar más el fondo, rasparlo con la mejilla húmeda y los labios resecos. En cada extremo, la una y la otra. La cocina, la cama, el living, como un ring multiplicado. Y en medio, las palabras, esos dóciles cuchillos tan al acecho desde sus lenguas. El plan: dar en el blanco, dejar moribunda a la víctima, pisarla con el taco aguja o el pie más descalzo que nunca. Apagar el cigarrillo en el silencio que una dejó sobre la mesa, junto al plato sin tocar de la otra. Fuego cruzado en las miradas. Amor, a veces. Odio, las 24 horas. Hasta que un día, una de las dos baja los brazos, desde el rincón el corazón exangüe tira la toalla y un pedido de auxilio se hace escuchar. En una habitación blanca, con una silla, un vaso con agua y una flor que trajo la enfermera, ella piensa que ha llegado demasiado lejos o demasiado cerca. El amor deja más tumbas que flores, siempre es así. Aunque lo aprendió muy tarde, al menos se tiene a sí misma en el espejo. Peor es nada, se dice, y abre las cortinas para que el sol le dé en la cara como ese beso que nunca desembarcó en Los Tilos.

## No pisen al perro

“¡No pisen al perro!, ¡no pisen al perro!”, grita desesperada una chica de no más de 15 años. La gente que sube apresurada al micro mira para abajo o se frena de golpe por si acaso, pero no detiene su marcha. Y ella grita cada vez más fuerte “¡no pisen al perro!, ¡no pisen al perro!”. Alertado por los gritos, un policía se acerca a ver qué pasa. Por el lugar circula mucha gente, lo de todos los días. Es hora pico y es tal el ir y venir de adolescentes saliendo de la escuela que el policía fácilmente le pierde el rastro. Es evidente que nadie parece haber visto al perro pero por las dudas evitan pisarlo. Al cabo de un par de horas, cuando todos se han ido, la chica ladra agradecida a las ruedas de los autos.

## **Los deseos**

La moneda está en el aire. La niña mira y no cae. El niño cuenta los segundos y tampoco sube. Un hombre, que bien podría ser el padre de ambos, piensa que debe tratarse de una foto. Hasta que de repente cae y ya no son los mismos: sus deseos se han cumplido y en un pestaño desaparecen de allí. Suben. La niña es una más en el casting de Narnia, el niño festeja el gol del campeonato y el hombre está con la mujer de su vida. ¿La que arrojó la moneda?

## No te mires

Cordelia Adams despertó con un tatuaje que no recordaba haberse hecho. Decía no te mires y estaba escrito en la espalda de una sirena emergiendo en medio de un mar bravío. Al principio se asustó. Un poco más tranquila, trató de reconstruir lo que había ocurrido en la noche. Cuando pasó frente al espejo, no pudo evitar enfrentarlo; de repente se sintió aún más desnuda y entendió todo. El tatuaje la tenía tatuada a ella.

## O reventar

En el horóscopo maorí el caballo policía sólo es compatible con la grulla iridiscente. De esto es claramente consciente el búho deletéreo, por lo que se ve tentado en poner su mira en la cebra perenne y cantarle hasta que la luna se llene de un rubor apenas detectable desde la osa mayor. Tal vez esto explique por qué el gallo sibarita se vale del cambio de marea para aullar al astro equivocado y provocar que la tierra se sacuda como un perro epiléptico.

## Después de Troy

Antes de morir, Troy mira fijo los ojos de sus verdugos y los bendice. Ellos sonríen con sorna porque saben, o creen, que lo de Troy es cinismo puro. Una vez entregado formalmente el cadáver, llega la hora de irse a dormir. Los tres caminan tranquilos por un interminable pasillo. Van en silencio, acaso rumiando una pregunta retórica, alguna palabra que la muerte suele dejar como al descuido por ahí. Después de hacer su tarea no hay pesadilla posible para ellos. “Es un trabajo como cualquier otro”, se dicen, pero nunca olvidan dejar la luz prendida toda la noche y todos los días de su maldita vida.

## Concluye

Esta vez es el elefante el que palpa a los ciegos y concluye: este es un apostador compulsivo, aquel un saxofonista al que le falta el aire y le sobran los fracasos, este otro un golfista que temprano en su vida entendió la lógica del azar y el último viene a ser el más parecido a mí: tampoco ve.

## **Esa mancha**

La mosca, la única que logró sortear la tela especialmente comprada para frenar su paso, estaciona sobre la cama. Calculo, me tomo todo el tiempo necesario para asestarle el golpe de gracia con tan buena suerte que puedo aplastarla. Una minúscula mancha roja queda impresa en la almohada. A la vuelta del trabajo, mi madre ve la mancha antes que a mí y no dice nada. Piensa que es de ella. Y sin decir palabra, sale volando.

## Hoy pienso en Julia

Me desperté pensando en Julia Pastrana. El chiste fácil sería decir que llevaba tres días sin afeitarme y hoy tenía una reunión importante en la empresa. Pero era otra cosa. Sus ojos eran. Nadie reparaba en ellos, en su mirada de pájaro abrumado. Lo lógico era detenerse en esa profusa barba que la rodeaba como un bosque implacable. Sus ojitos decían aquí estoy, hay vida detrás de estos pelos. Aunque supo del amor, o de algo parecido, guardaba la triste certeza de que no alcanzaría. Julia había nacido para ser diferente y, hay que reconocerlo, nadie está preparado para eso. Venimos para ser uno más y cuando no se lo es ahí empieza el problema. Algunos matarían por ser diferentes, ella no. Julia hubiera querido una cara como cualquier otra. Una cara lisa, sin más detalles que una boca, unos ojos, unas orejas, una nariz. Pienso en ella y tomo la decisión: hoy no me afeito. Desde una foto ella me mira como desde un espejo saboteado. A mí también me espera un circo.

## **Estrellados**

En la reunión semanal de los astrólogos, un martes 13, se corta la luz. Extrañamente, no saben de qué hablar. Rompe el hielo el de capricornio con una pregunta estúpida. El de acuario no tolera el bajo nivel del encuentro y asesina al sagitario, que ni siquiera prestaba atención. Cuando regresa la luz, la habitación es un solo charco de sangre. El único sobreviviente -el ariano- alcanza a decir “sentí un golpe y vi estrellas”. Y cae como un rayo. Fugaz.

## **Lo de Ocampo**

En el jardín de las hermanas Ocampo un cactus de origen mexicano acaba de abrirse junto a la misma pared blanca donde el sol de abril se permite un exiguo descanso. Una mariposa queda atrapada, en realidad atravesada en una espina, mientras adentro de la casa departen fogosamente unos veinte escritores. Hoy, extrañamente, nadie ha salido a fumar o a respirar un poco de aire puro. En consecuencia, ninguno habrá de toparse accidentalmente con la mariposa en el cactus. La poesía, como el amor, confirma que es elusiva por naturaleza. Con la noche, los plumíferos parten uno a uno hacia donde la ciudad les reserva un anaquel, una copa y una cama. Todos se van, incluso el cactus. Volando.

## **Gracias igual**

A mi mujer se le ocurre una historia. Ella dice: “Che, se me ocurrió una historia. Te la cuento, puede que te sirva”. Y arranca: “Esta tarde iba en el auto y en una de esas miro por el espejo retrovisor y veo a Cristo manejando un auto negro, creo que era uno de esos coches fúnebres. Parecía que me miraba el Cristo ese; digo Cristo porque era igual al de la estampita que llevo en la billetera. Yo tampoco podía dejar de mirarlo, casi choco por eso. Al final, antes de llegar a un semáforo, me pasa, me hace una seña y ahí de repente se me pone la vista en blanco. Paré como pude a un costado de la calle, lloré un buen rato y cuando terminé se me dio por persignarme”. La miro sin saber qué decirle, pero le digo: “La verdad, no sé si me servirá; gracias igual”. Una vez más, le miento.

## **La novia**

Con su vestido blanco agitándose, sucio por el paso entre rosedales, jazmines, arbustos y ramas secas, la novia escapa corriendo como en una mala película y en un pestaño se encuentra con una escena apocalíptica: autos humeando, casas derruidas, árboles caídos, cadáveres por todos lados. Igual corre sin parar. No parece tener miedo y no se permite mirar hacia atrás, mucho menos arrepentirse por lo que está haciendo. Así, durante horas. Agotada, se detiene en un puente lleno de agujeros, oxidado de punta a punta. Jadeando, se recuesta sobre la baranda, tira el ramo al agua putrefacta y en un giro perfecto besa al primer zombie que se le cruza. Ahora sí, la novia inasible respira aliviada. No se hubiera perdonado jamás haberse casado con un vampiro de 284 años tan distinto a ella, una sensible fantasma que habla en lenguas muertas y lee el futuro en las estrellas.

## A confesión de parte

Miguelito asegura que el perro del circo tiene ojos celestes. Por su parte, el perro sostiene que Miguelito ladra mejor que él. El león desdentado y la niña funámbula han sido convocados para dirimir quién miente o quién muerde. Bajo la carpa, miles de personas e igual número de insectos esperan su turno para soltar un aplauso por uno u otro. La señal de caso cerrado queda a cargo del payaso de turno, lo que garantiza la seriedad de lo relatado hasta aquí.

## Cementerio indio

La sensación es de estar parados sobre un territorio prohibido, en el que un par de señales deberían bastar para darnos cuenta de que no somos bienvenidos. No hay una mirada hostil que nos dé la alerta y tampoco hace falta. Ese algo imperceptible es suficiente para irnos de inmediato. Al tiempo, investigando acerca del lugar, por el testimonio oral de antiguos pobladores me entero de que allí existió un cementerio indio. La pregunta que se impone es por qué dejaron sus casas de un día para otro. Según parece, bastó que alguien decodificara lo que estaba escrito en la piedra debajo del árbol. “Huyan mientras puedan”, leyó con voz temblorosa el traductor. Y huyeron, claro que huyeron.

## **La herencia**

Cuatro ratas en un Fiat 600. El dibujo data de 1972 y lleva mi firma. Cada rata tiene un color distinto: rojo, verde, azul y amarillo. El auto es blanco. Al dibujo lo guardó mi abuela por años y volvió a mí al otro día de su muerte, cuando revisamos sus cajones. Como debíamos repartirnos una herencia tan magra, no lo dudé: el ratón rojo fue para mi hermana, el azul para mi hijo, el amarillo para tía Marta y el verde para Osvaldo, el novio de mamá. Yo me quedé con el Fiat, pero en verdad ese día me fui más solo que nunca.

## Proverbio africano

Ha muerto otro escritor. Y si es cierto lo que miente un proverbio africano, en algún lugar del planeta en estos momentos una biblioteca debería estar en llamas. De esas cenizas, de esas pequeñas e inmensas partículas de la muerte surgen bocetos de lo inabarcable. Para entrar en ellos se puede elegir tanto la noche como el día. Nunca las puertas. Tampoco las llaves. Para salir, en cambio, basta con cerrar los ojos o el libro. Y recién entonces escribir, dejando sangre y esperma en el impulso. Escribir para callar las voces, no los ecos. Los propios, los ajenos. O bien para embellecer el rostro del caos que nos mira con el hambre del tigre al que le han esquilmado todas sus manchas. Entrar o salir de las historias, no son más que opciones frente a un único objetivo: contarnos a nosotros para que otros se cuenten a sí mismos. Como cuando creíamos que el sol era toda la luz posible.

## Sala de espera

Pensó en aquella historia mínima, como si debiera contársela a un niño mientras espera en la guardia de un hospital. Cuando tenía siete años se le tapó un oído, y tras los incontables intentos fallidos a base de curaciones caseras, no quedó otra opción que hacerle un lavaje. El sonido del agua entrándole por ese insondable conducto fue como el golpe de la ola que nos toma de improviso. Ahí conoció el mar. Un par de años después lo confirmó al enfrentar al verdadero, al inmenso. Como Galeano, él también tuvo que pedir que lo ayudaran a mirar.

## Zoofisma

En el bazar de los elefantes rotos nadie habla porque a su modo todos son culpables. Avalaron con suficiencia la creación de zoológicos de cristal y a su turno decidieron que todos los días serían una buena excusa para brindar chocando las copas con odio. Lo diferente los asustaba como el inminente zumbido de un látigo. Por eso son, por eso serán, tan iguales y tan distintos en la vengativa memoria de los espejos.

## **La planta misma**

Para que su hijo le saque una tonta foto, de esas que gusta subir a Instagram, coloca la mano izquierda en la planta carnívora que compraron ayer en la tienda del chino Wang Lun. La imagen digital capta el momento exacto en que caen dos dedos, su cara se transforma como un papel al que va consumiendo el fuego y su mujer se desploma con un aire un tanto teatral. Hasta la planta misma, vemos claramente, ha quedado con la boca abierta.

## **Debilidad**

Era una mañana ideal para darle de comer a los espejos. Primero un ojo, después el otro. Luego los párpados, la nariz, el cuello. No conforme y con un hambre como para ponerle un marco, debió subirse a una silla para ofrecerle las piernas, una media, incluso el zapato. De postre, le dio la lengua para que cantara pero ya no pudo escucharlo. Se sabe, la debilidad de los espejos son las orejas.

## **En el año del dragón, caballos**

En tren de elegir, el exegeta de bigote anchoíta destaca del inventor de caballos su obra más perfecta e imperecedera: el de calesita. Incansable, duro por fuera, tierno por dentro, ahí va, siempre dócil para conducir al niño por el vasto camino de los sueños. Ya quisiera igual destino el sobrevaluado dragón.



## Aquí no ha pasado nada

En la esquina de Misiones y Achaval acaban de chocar una ambulancia y una moto. La ambulancia, que ha quedado dada vuelta, se levanta un tanto mareada y se le va al humo a la moto. A esta todavía no se le pasa el shock producto del golpe, por eso desde el piso intenta escuchar lo que le dice la otra. La ambulancia le descarga un insulto tras otro hasta que la moto reacciona y con esfuerzo alcanza a decirle: “¿Qué te pasa, tarada, si venías con la sirena apagada y pasaste en rojo?”. Avergonzada, la ambulancia pide mil disculpas y reconoce su error. Cuando llega la policía, ambas dicen “aquí no ha pasado nada, oficial”. No han reparado en que los conductores de ambas están muertos. Uno por aquí, el otro por allá.

## **Algo personal**

Y cada vez que pase y lo vea volveré a confundir con un mosquito la cabeza del clavo donde por años estuvo el cuadro de la máquina de escribir. Y lo remacharé tantas veces como pase y lo vea. Y lamentaré en cada ocasión haber sacado el cuadro de la máquina de escribir. En ese duelo personal con el mosquito que no es, soy una tecla que golpea una, dos, veinte, cincuenta veces, toc toc toc aplastando las alas de un clavo que ya no zumba.

## **Barsa**

Al adolescente que va con la cabeza recostada en la ventanilla del micro la bala le roza la visera de su gorra wachiturra. Lleva puesta una desteñida camiseta del Barcelona, con el 10 de Messi en la espalda. No es consciente de lo que acaba de pasar hasta que ve cómo se desploma una mujer en el pasillo. Sabe que es su día de suerte, el primer día del resto de sus días, pero esa mujer es su madre y alguien tiene que gritar, pedir ayuda. Llorarla.

## **El mensaje**

El candado está en la puerta de la casa de enfrente. Hace años que nadie la habita. El candado está roto, pero a nadie se le ocurriría entrar a la casa. El candado es el mensaje. Y todos lo entienden así.



## Hielo negro

Sería tranquilizador decir que lo había soñado, pero no, lo que había encontrado en el freezer era hielo negro. La imagen fue lo suficientemente fuerte como para cerrar la heladera de golpe y volverla abrir como si en esa segunda ocasión se disipara una equivocada primera impresión, una ilusión óptica posible de ser corregida. No. El hielo negro seguía ahí. No se animó a tocarlo; lo contempló un largo rato y se decidió por lo más simple, quizás lo único al alcance de su mano: cambiar la heladera.

## Pálpito

Llega tarde al hipódromo. Ya largaron y en el aire campea una misma excitación, una velocidad que no lo alcanza. Espera la próxima carrera para jugarse a todo o nada, como siempre. No le importa. Una vez más parte con la resignación del perdedor entrenado. Para un taxi, pero esta vez no sube solo. Le cuenta a ella que en realidad nunca le han gustado las carreras, los caballos, ni las apuestas. Sin embargo, hoy tenía un pálpito. Conocerla.

## **Atentamente**

Querido Tlön: le escribo para no leerlo. Atte, Uqbar

Estimado Uqbar: leo con agrado sus efímeras líneas, descontando que  
no habré de responderle. Esto va al fuego. Allí nos veremos. Atte, Tlön.

## Gajes

El equilibrista de Toulouse Lautrec cayó en mi patio. Supongo que lo habrá descolgado de la pared ese viento que surfeó la noche con sus ventanas y cortinas. El equilibrista está roto. Haría falta una cumbre de poetas para reconstruirlo o un terapeuta con los pies sobre la tierra. El viento silba y se desentiende.



## Antojo

Aclaro, no fue a mí al que se le ocurrió la loca idea de comprar un caballo de nieve en pleno enero. Se le antojó a mi hija y ella sabe que no puedo decirle que no. Contra lo que puedan especular, no fue por el sol ni por los 38º que perdimos a animalito tan sui generis. Fue la sed de nuestra mascota la que pudo más que las insistentes advertencias. En una distracción, el perro logró su objetivo: aprovechó las defensas bajas de la familia para montarlo y devorarlo en un mismo paso. Saciado, el saltimbanqui ladró holgadamente de satisfacción. Del caballo quedaron apenas sus ojos, esas dos gotas asimétricas observándonos desde el piso de la cocina.

## **Children design**

Octavio es un niño artesanal. Diseñado genéticamente en coautoría por sus padres y un pediatra de confianza, nació hace ocho meses pesando 3.250 kilogramos. El margen de error previsto oscilaba los 50 gramos. Octavio es rubio, tiene ojos verdes y rasgos bien definidos, casi femeninos. Hasta cuenta con alma, gracias a un programa directamente enviado por el Vaticano. Por el momento, de lo único que carece el niño Octavio es de corazón; no obstante, sus creadores ya están trabajando para subsanar ese pequeño detalle.

## **La cicatriz de Nietzsche**

Antes que nada, es. Como el tatuaje de un abducido iconoclasta, vendría a ser. Sin más preámbulos, estamos frente a una verdad tan irrefutable como la evolución de las especies: el pez volador.

## A mano

Lo enterraron con una mano afuera, rozando apenas la gramilla, tal como lo había dejado expresamente pedido en su testamento. Su familia no se sorprendió en lo más mínimo; consideraban que se trataba de otra de sus excentricidades por lo que su mujer ni sus hijos perdieron tiempo en contradecirlo. Así sería. Y así fue. Aunque ninguno de ellos pudiera entenderlo, la verdad, siempre menos sesgada que cualquier especulación, estaba ahí: al alcance de la mano.



- 5** El lado correcto
- 6** Cono del silencio
- 7** Call center
- 8** Dudosa fábula surcoreana
- 9** Plan canje
- 10** El espejo
- 11** Profético
- 12** Hágase la oscuridad
- 13** Los Tilos
- 14** No pisen al perro
- 15** Los deseos
- 16** No te mires
- 17** O reventar
- 18** Después de Troy
- 19** Concluye
- 20** Esa mancha
- 21** Hoy pienso en Julia
- 22** Estrellados
- 23** Lo de Ocampo
- 24** Gracias igual
- 25** La novia
- 26** A confesión de parte
- 27** Cementerio indio
- 28** La herencia
- 29** Proverbio africano
- 30** Sala de espera
- 31** Zoofisma
- 32** La planta misma

- 33** Debilidad
- 34** En el año del dragón, caballos
- 35** Aquí no ha pasado nada
- 36** Algo personal
- 37** Barsa
- 38** El mensaje
- 39** Hielo negro
- 40** Pálpito
- 41** Atentamente
- 42** Gajes
- 43** Antojo
- 44** Children design
- 45** La cicatriz de Nietzsche
- 46** A mano





## Rubén Valle

(Mendoza, Argentina)

Periodista, poeta y narrador. Ha publicado los libros de poemas *Museo Flúo* (1996), *Los peligros del agua bendita* (1998), *Jirafas sostienen el cielo* (2003), *Placebos* (2004), *Tupé* (2010), *Grietas para huir* (2013/2020, ebook), *Lo negro de la nieve* (2018) y *La lengua del ahorcado* (2019).

Fue miembro fundador del grupo parapoético Las Malas Lenguas. Desde 1997 hasta el 2000 dirigió la colección de poesía La Mesita de Luz para la editorial Diógenes. Sus poemas han sido publicados en medios de la Argentina y de Francia, España, Brasil, México, Chile, Colombia y Rumania.

Publicó los ebooks de relatos breves *Desperté en el bosque después de haber soñado un bosque* (2013) y *La medida de lo posible* (2015). En 2020 lanzó la editorial digital Peras del Olmo con su libro de microrrelatos *Modo luciérnaga*.

Como periodista trabajó en los principales medios periodísticos de Mendoza, entre ellos los diarios Los Andes, UNO y MDZ. Actualmente es el director de Prensa de la UCUYO.